

V

(Jacobo sale por la bodega. Unos instantes después aparece Paco, con aparente nerviosismo. Entra Virginia)

VIRGINIA.— ¡Paco!

PACO.— ¡Virginia!

(Se abrazan y besan efusivamente. Entra Jacobo y, al verlos tan acaramelados, se oculta tras el sofá para no ser visto)

VIRGINIA.— ¡Eres un hijo de...! *(Le suelta una bofetada. Rabiosa)* ¡Te he visto tonteando con la hermana de mi señora! *(Tierna)* ¡Mi Paco! ¡Ay, mi Paco! *(Lo abraza)* ¡Ay, Paquico, perdóname! Llevo dos años muy sola, en un país extranjero, trabajando día y noche, sin verbenas, sin playa, sin sexo... *(Seria)* ¿Y tú?

PACO.— Te juro, y si no que me caiga aquí muerto *ara* mismo, que llevo dos años enteros sin pisar la playa.

NADIA.— (*Desde el comedor*) ¡Virginia! ¡Otra botella de vino, por favor!

VIRGINIA.— ¿Otra? No te muevas de aquí.

NADIA.— ¡De reserva!

VIRGINIA.— ¡Mierda! Tengo que bajar a la bodega. Paco, ni te muevas. Tenemos muchas cosas que hablar.

(Virginia sale con urgencia)

JACOBO.— (*Aparece de detrás del sofá*) ¡Vaya, vaya, vaya! Con que Paco...

PACO.— ¡Jacobo! Esto..., esto no es lo que parece.

JACOBO.— ¿Ah, no? Entonces, ¿qué es?

PACO.— Enseguida vuelve Virginia y se lo explica.

JACOBO.— Virginia no tiene que explicarme nada. La verdad es que yo ya lo sabía.

PACO.— ¿Usted sabía que Virginia y yo... ?

JACOBO.— Ajá.

PACO.— ¿Se lo contó Virginia?

JACOBO.— Contármelo, contármelo... pues no.

PACO.— ¿Entonces?

JACOBO.— No sé si debería decírselo. No quiero parecer un cotilla.

PACO.— (*Le propina una fuerte palmada en la espalda*)
¡Pero hombre, si soy español!

JACOBO.— (*Se recompone del fuerte golpe*) Lo sé porque escondió las fotografías.

PACO.— ¿Las fotografías?

JACOBO.— Las fotografías, sí. Las fotografías que guardaba en su tocador. Unas fotografías de un hombre guapo y fuerte...

PACO.— ¡Las mías de la *mili*!

JACOBO.— Me temo que no. En estas fotografías aparecen otro tipo de *pistolas*.

PACO.— (*Jugando como si sus manos fuesen dos armas*)
¿Pistolas? ¡Pum, pum! ¡Jajaja!

JACOBO.— (*Nervioso*) Son unas fotografías con las que su esposa alivia su deseo carnal cada noche. Imagínese, ¡dos años sin su marido! Es muy comprensible que...

PACO.— (*Indignado*) ¡Venga ya! ¿Mi Virginia? ¿Con fotos de otro tío y desnudo?

JACOBO.— No era mi intención causarle malestar. Será mejor zanjar esta conversación.

PACO.— ¡Eh, eh! ¡De eso nada! ¿Dónde dice usted que tiene mi esposa esas fotos?

JACOBO.— En su escritorio, bajo llave.

PACO.— *(Da unos pasos hacia las habitaciones. Se detiene. Vuelve al lado de Jacobo)* ¿Y la llave dónde está?

JACOBO.— La guarda en el bolsillo derecho de su delantal. Pero permítame advertirle: esto tendrá que hacerlo sin que ella se entere. ¡Se imaginará por qué!

PACO.— ¡Vamos a ver, *pos* claro que sí! Pero dígamele usted a ver si está pensando lo mismo que yo.

JACOBO.— Señor Ji... ¡Paco! Si su mujer fuese capaz de prescindir de esas fotos, sabiendo que usted llegaba hoy, se habría desecho de ellas. Pero no ha sido así. En lugar de eso las ha escondido, ¿por qué será?

PACO.— Pues está claro, porque... porque...

(Piensa en vano durante unos segundos y finalmente hace un gesto a Jacobo para que continúe él)

JACOBO.— ¡Porque ahora su esposa es una adicta!

PACO.— ¡Por la señal de la cruz! ¡Una adicta, dice!

ANTONINA.— (*Desde el comedor*) ¡Señor Jiménez!
¿Ocurre algo?

PACO.— (*Alzando la voz, a Antonina*) ¡No, nada,
nada! (*A Jacobo*) ¡Una adicta, mi mujer una adicta!
¡Ay, Dios mío!

JACOBO.— Y si usted le pregunta, lo negará. Es más, ¡destruirá cualquier prueba antes de que las encuentre! Pero cuando se haya ido, las sacará y volverá a las andadas.

PACO.— ¡Santo Cristo bendito! Pero, ¿qué clase de país es este?

JACOBO.— ¡Pues uno muy grande!

PACO.— ¡Mi Virginia con fotos de un tío en pelotas!
¡La otra paseando medio en bolas por la casa! ¡Ahora mismo cojo yo esas fotos y las quemó una a una!

JACOBO.— Eso es. ¡No, no, no! Quiero decir, que por cuestiones de seguridad será mejor que no haga ningún fuego en la casa. Ahora que si se da prisa en conseguir las le haré el favor de quemarlas en el jardín esta misma noche, junto con unos matojos que tengo que arrancar.

(*Entra Nadia. Al verla, Jacobo se retira como si nada por el jardín*)

NADIA.— Señor Jiménez, siento resultar pesada pero mi hermana me envía para que le lleve a cenar algo... ¡Vaya! ¡Está usted blanco! Parece que haya visto un fantasma. (*Ríe divertida. De pronto, muy asustada, agarrándose a Paco*) ¿Lo ha visto?

PACO.— ¡No, no! Es que..., de tanto mirar el cuadro de la señora *Katiuska* me ha dado aquí un dolor en el cuello... Ufff...

NADIA.— ¡No me diga! Déjeme ver... (*Lo sienta en el sofá y le masajea los hombros con muy poca delicadeza. Paco emite sonidos de dolor*) ¿Le duele? ¿Mejor así, más suave?

(*Nadia le desabotona la camisa y le acaricia suavemente el pecho. Entra Virginia con la botella de vino*)

PACO.— ¡Madre mía qué deos! ¡Qué deos!

VIRGINIA.— ¡El vino de reserva!

NADIA.— ¡Oh, *magnifique!* Y dígame, ¿qué vino ha escogido esta vez?

VIRGINIA.— (*Finge leer la etiqueta*) *Le Grand Putón.*

NADIA.— ¡Oh, *là, là!* No conozco ese vino, pero, ¡habrá que probarlo! (*Coge la botella*) *Merci.*

VIRGINIA.— (*Conteniendo su rabia*) *Merci, merci.*

NADIA.— Señor Jiménez, o se da prisa o al final se quedará sin catarlo.

(*Nadia regresa al comedor*)

VIRGINIA.— ¡Paco, Paco y Paco! ¡Que por ahí no vamos bien!

PACO.— ¡Pero si yo no hago *na*, que es ella!

VIRGINIA.— Luego hablaremos tú y yo de los *deos*.

PACO.— ¡Eso, eso! Hablemos de los *deos*.

ANTONINA.— (*Desde el comedor*) ¡Virginia!

VIRGINIA.— ¡Enseguida, señora! Paco no hay tiempo que perder, escúchame con atención. Este es el plan. A las nueve y media nos reúnes a todos en el salón. ¿Has traído el tablero?

PACO.— He traído el tablero, claro que he traído el tablero.

VIRGINIA.— Pues cuando estemos todos aquí, nos ordenas que guardemos silencio, que cerremos los ojos y todo eso. A las nueve y cuarenta y tres en punto sonará la música del joyero. (*Tararea la melodía del joyero*) En ese momento tienes que hacer como que hablas con el

espíritu de Yekaterina y al final les dices exactamente lo que pone aquí. *(Le entrega un papel)* Ahora vuelvo.

(Se dirige al comedor mientras Paco lee en voz alta)

PACO.— *Cueridas hijas...*

VIRGINIA.— *(Se detiene)* ¡Queridas!

(Virginia se echa las manos a la cabeza y sale. Paco continúa leyendo la nota)

PACO.— «Queridas hijas, veros juntas de nuevo después de tantos *anos* me hará descansar en paz eternamente. *(Vuelve Virginia)* Hasta siempre». Huele a quemado.

VIRGINIA.— *(Mira extrañada la nota hasta que cae en la cuenta)* ¡El pavo!

(Virginia corre hacia la cocina. Paco guarda la nota en el bolsillo izquierdo de su pantalón)

PACO.— ¡Virginia, espera!

VIRGINIA.— ¿Qué pasa ahora?

PACO.— ¡Que me des un abrazo que estoy muy nervioso! ¡Dame un abrazo, por favor!

VIRGINIA.— ¡Ay, Paco!

(Mientras la abraza con mucho ímpetu, Paco le birla la llave. Virginia se despega de él con esfuerzo y corre hacia la cocina. Paco mira la llave, con satisfacción. Entra Jacobo)

JACOBO.— Veo que ha conseguido usted la llave.

PACO.— Exacto. Y ahora mismo me va a llevar usted al dormitorio de mi mujer.

JACOBO.— ¡No tan rápido! ¿Y si Virginia aparece y nos sorprende? No, no, no... Lo mejor es que usted se quede aquí y la distraiga mientras yo voy a buscarlas. *(Intentando ser más convincente)* Además, le advierto que no será una visión agradable. Una vez, por casualidad, vi una de esas fotos de cerca y estuve una semana entera sin poder conciliar el sueño. Era cerrar los ojos y aparecían en mi mente cientos de *pistolas* apuntando hacia mí. ¡En toda la cara!

PACO.— *(Le ofrece la llave)* La llave.

JACOBO.— *(La coge)* Sabia erección.

(Los dos se miran sin decir nada. Sofocado, Jacobo sale con paso rápido hacia las habitaciones. Paco, sobrepasado por la situación, se acerca al minibar y se sirve una copa)

«Ya me lo decía papá»

PACO.— Ya me lo decía papá:

«Las mujeres en la casa
con dos vueltas de llave
es donde tienen que estar».

¡Ya me lo decía papá!

«¿Y adónde coño va esta
a trabajar a Moscú?

Que se te va a desmadrar».

Y no le quise escuchar.

Y qué razón tenía,
yo imaginaba que esas cosas
eran cosa de hombres
y de chicas viciosas.

Y ahora veo que con un *deo*
se pueden apañar.

¡Ya me lo decía papá!

«La mujer que te has *echao*
es *demasioo dominante*.

Habrá que llevar cuidao.

¡Que no se te suba a la chepa
que esta tía es *mu trepa*!

¡Que yo la tengo *calá!*»

Y no le quise escuchar.

Y qué razón tenía,
yo imaginaba que esas cosas
eran cosa de hombres
y de chicas viciosas.

Y ahora veo que con un *deo*
se pueden apañar.
¡Ya me lo decía papá!

VIRGINIA.— (*Sale con el pavo en la bandeja*) ¡Paco, que van a dar las nueve y media! (*Se sienta junto a su esposo*)
¿Dónde nos habíamos *quedao*?

PACO.— A ver. Escucho la música del joyero... Hago como que hablo con la muerta... Les doy el mensaje...

VIRGINIA.— Pues después de eso nos iremos a las habitaciones y, cuando estén todos durmiendo, iré a buscarte y sacaremos el joyero de ahí abajo.

PACO.— Y digo yo, ¿tanto pesa el joyero *pa* hacerme venir hasta Moscú?

VIRGINIA.— Paco, piensa un poco, hijo, solo un poco. A ver, saco el joyero y ¿qué leches hago yo con el joyero? ¿Eh?

PACO.— Llevarlo a una casa de empeños. ¿No era ese el plan?

VIRGINIA.— Ah, claro. ¡Una inmigrante española empuñando un joyero que vale miles de rublos! (*Paco asiente convencido sin entender el sarcasmo en las palabras de su esposa*) ¡Paco, que aquí si robas, sí te meten en la cárcel!

PACO.— Ostras...

VIRGINIA.— Yo sola puedo sacar perfectamente el joyero de ahí abajo, pero lo que no puedo hacer es sacarlo de Rusia. Serás tú el que saque el joyero del país. Y recuerda que con el dinero que saquemos vamos a pagar tus deudas y mi vuelta a España.

PACO.— Ya. Oye, Virginia... ¿y tendremos hijos?

VIRGINIA.— (*Con desagrado*) ¿Hijos? (*Disimulando*) Pues claro, Paco. ¡Decenas de hijos! Venga y ahora entra al comedor que al final nos pillan. (*Se levanta, coge la bandeja con el pavo y espera a que su esposo se levante. Paco no se mueve del sofá. Perdiendo la paciencia*) Paco, ¿qué te pasa ahora?

PACO.— Pues que a mi padre no le gustaría que yo...

VIRGINIA.— (*Desquiciada*) ¡Paco, me cago en tu padre! (*De repente, en tono tierno*) ¡Ay, perdona, Paquico

guapo! Mira, cariño, escucha. Nosotros no estamos haciendo nada malo. ¿Tú sabes por qué? Porque ellas, ellas son ricas, Paco, ¡ricas! Tienen todo lo que no te puedes ni imaginar. Y como nosotros no, únicamente nos vamos a encargar de hacer un reparto justo de su riqueza.

«¡Hay que robar una gallina!»

VIRGINIA.— Hubo un pobre campesino
que no tenía gallinas,
su vecino, sin embargo, tenía más de cien.
Una noche, el campesino, tuvo que coger una gallina
del vecino para poder comer.

PACO.— Mis padres me enseñaron desde bien pequeñín
que coger lo que no es tuyo se llama robar.
Y en el colegio me decían que robar está mal,
que es un acto delictivo altamente inmoral.

VIRGINIA.— En este caso no lo es porque
con tanta gallina,
recuerda que tiene más de cien,
no se va ni a enterar.

PACO.— Pero el que roba es un ladrón, lo pillen o no,
lo mejor sería pedirle una gallina o dos.

VIRGINIA.— El campesino ya lo ha hecho
pero el vecino es un tacaño y le ha dicho que no.
Y los diez hijos del campesino tienen mucha hambre
y nada que comer.

PACO.— Supongo que el vecino tiene hijos también.

VIRGINIA.— El vecino es una vieja
que no tiene descendencia,
siente odio por los niños. ¡Tuvo un hijo y lo abandonó!

PACO.— Pero digo que la vieja tendrá que comer.

VIRGINIA.— ¡Pero tiene cien gallinas!
¡Y ella es vegetariana!
¿Para qué quiere gallinas si le van a caducar?
Mientras tanto el campesino ha enterrado ya tres hijos
por hacerles estofado con ratas del cobertizo.

PACO.— En ese caso una gallina poco puede importar.

VIRGINIA.— En ese caso una gallina se podría robar.

LOS DOS.— ¡Solo es una gallina, nadie se va a enterar!
Hay que robar una gallina,
hay que robar una gallina,
hay que robar una gallina
y darles de comer.
Hay que robar una gallina,

hay que robar una gallina,
hay que robar una gallina
y darles de comer.

PACO.— Hay que robar una gallina.

VIRGINIA.— Hay que robar una gallina.

PACO.— ¡Hay que robar una gallina!

VIRGINIA.— ¡Hay que robar una gallina!

LOS DOS.— ¡Solo es una gallina, nadie se va a enterar!

Hay que robar una gallina,
hay que robar una gallina,
hay que robar una gallina,
¡tiene más de cien!
Solo es una gallina,
solo es una gallina,
solo es una gallina,
¡nadie se va enterar!

PACO.— Pero entonces tú y yo deberíamos perdonar al que me estafó. Lo mismo sus hijos tenían hambre...

VIRGINIA.— ¡Paco, tú es que eres tonto! Ese sinvergüenza te engañó para quedarse con nuestras tierras y nos ha dejado con una mano delante y otra detrás.

PACO.— No, si ya lo sé, pero como tú me estás diciendo que los hijos del campesino tenían tanta hambre...

VIRGINIA.— ¡Que te calles ya, Paco, por favor! ¡Tira!
(Le cede el paso para que entre en el comedor) ¡Tira!

PACO.— Voy.

(Paco sale. Virginia se arregla el uniforme, coge la bandeja con el pavo, dibuja una exagerada sonrisa en su cara y sale caminando de forma pizpireta)